



*Bienaventurados los pobres en espíritu, pues de ellos es el reino de los cielos.
Bienaventurados los que lloran, pues ellos serán consolados.
Bienaventurados los humildes[a], pues ellos heredarán la tierra.
Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, pues ellos serán saciados.
Bienaventurados los misericordiosos, pues ellos recibirán misericordia.
Bienaventurados los de limpio corazón, pues ellos verán a Dios.
Bienaventurados los que procuran la paz, pues ellos serán llamados hijos de Dios.
Bienaventurados aquéllos que han sido perseguidos por causa de la justicia, pues de ellos es el reino de los cielos.
Bienaventurados serán[b] cuando los insulten y persigan, y digan todo género de mal contra ustedes falsamente, por causa de Mí.
Regocíjense y alégrese, porque la recompensa de ustedes en los cielos es grande, porque así persiguieron a los profetas que fueron antes que ustedes.*

Mateo 5:3-12

BIENAVENTURADOS LOS QUE LLORAN, PORQUE SERÁN CONSOLIDADOS

La expresión remite al profeta Isaías (61, 1-6), quien hace referencia al llanto sobre Jerusalén, la ciudad de Dios, reducida a escombros y abandonada en extrema desolación.

¿Quiénes son los que lloran, aquí proclamados “bienaventurados”? ¿De qué llanto se trata?

La referencia al texto de Isaías dice que Jesús intenta referirse primeramente a los que, a causa de Su persona y del Evangelio, afrontan vicisitudes cargadas de sufrimiento y cansancio.

Es un sufrimiento evangelizador y misionero. Son los que experimentan en su propia piel cuánto cansancio produce el esfuerzo de hacer que el Reino de Dios sea recibido en el corazón de las personas; en qué medida las vicisitudes de la vida y de la historia divergen de él y, a veces, entran en una abierta actitud de rechazo y de agresión contra el Evangelio y los discípulos de Jesús.

¿Cómo no pensar en el siglo XX, que hace muy poco hemos dejado a las espaldas? El siglo más cruento y más signado por persecuciones que la historia haya conocido jamás.

¿Cómo no pensar en este siglo XXI que ha comenzado en un mar de sangre, con cristianos y minorías religiosas masacrados, cazados y perseguidos sin piedad?

¿Cómo no pensar en el “dolor de Dios”, en el “llanto de Dios” porque su persona se ha convertido en pretexto para el odio, para oprimir, para matanzas entre sus hijos?

El “llanto” del que habla la Bienaventuranza es, también, el sufrimiento frente a las muertes, a las miserias, a las injusticias: frente a los gemidos de los pobres que no se pueden defender y no tienen posibilidad de escapar, mientras civilizaciones enteras ríen o se distraen sumergidos en la opulencia o en el derroche.

El “llanto” es, por último, mucho dolor (escondido muchas veces, evidenciado a veces) que hay dentro de las personas a causa de los sufrimientos, las muertes, los abandonos, las soledades... Es la geografía inconmensurable del dolor humano que está en el horizonte de esta segunda Bienaventuranza.

Este “llanto” supone una cercanía, un involucramiento de vida, una participación de pasión y de afecto. El llanto por el rechazo del Evangelio, por la dureza de corazón, por la violencia homicida, por los infinitos rostros del dolor humano, dice que el discípulo de Jesús no es ciudadano de la ciudad de la indiferencia, de la superficialidad, del desprecio; no es ciudadano de esa Babilonia en la que no hay llanto ni compasión por el dolor de los pobres (cfr. Ap 18, 7). El cristiano es una presencia sólida de humanidad, de compasión, de cercanía, de ayuda concreta.

No somos los preservados del llanto, los liberados del dolor por privilegio o por anestesia, sufrimos como todos y con todos, pero en nuestro interior tenemos los motivos para consolarnos, para fortalecernos y para luchar, dotados de una esperanza que es el don más grande que Dios nos hace a nosotros, y nosotros a los otros cuando lloran y cuando lloramos.

Es lo que nos dice la parte final de la Bienaventuranza: “porque serán consolados”. En el lenguaje semítico, esa forma impersonal del verbo significa “porque Dios mismo los consolará”. ¡No se trata ciertamente de vanas palabras consoladoras ni de palmaditas sobre las espaldas!

Dios nos ha consolado en la persona de Jesús, recorriendo hasta el fondo la experiencia del dolor y de las lágrimas humanas. Ha hecho suyo nuestro padecer, nuestro morir, sufrió injusticias y opresión violenta, no porque una víctima más modificara el fiel de la balanza en la historia humana, sino para abatir el muro de la desesperación y del desánimo, para dar un significado, un valor o una fecundidad al llanto de los individuos y de los pueblos, de los santos y de los pecadores, para ensanchar el horizonte de la esperanza de cada uno.

De esto se derivan cuatro conclusiones: atravesar las inevitables regiones del dolor y del cansancio como los “consolados” (no ciertamente como los preservados): “a fin de que no sean como los otros que no tienen esperanza”, escribía san Pablo a la comunidad cristiana de Tesalónica. Por lo tanto, somos personas que tienen dentro suyo el “hilo de Ariadna” para no perderse ni perecer en el laberinto del dolor. ¡Ese hilo de Ariadna es la Cruz del Señor!

Tener pasión por el Reino, por el Evangelio, sin ahorrar cansancio ni esfuerzo para vivirlo y para darlo a las personas y a la ciudad.

Ser una fuerza de consuelo, de sostén, los unos por los otros, sobre todo para quien está más probado y solo.

Mirar a la meta, al encuentro con la persona de Jesús, quien es nuestra esperanza, la fuerza, la consolación para siempre. “Él secará toda lágrima de sus ojos y no habrá más luto, ni lamento ni llantos, porque las cosas de antes han pasado” (Ap 21, 3-5).

Mons. Mansueto Bianchi
Asistente eclesialístico del FIAC, biblista



EL HOMBRE DE LAS OCHO BIENAVENTURANZAS

Beato Pier Giorgio Frassati



Es cierto que, para una mirada superficial, el estilo de Pier Giorgio Frassati, un joven moderno lleno de vida, no presenta gran cosa de extraordinario. Pero, precisamente esto constituye la originalidad de su virtud que invita a reflexionar y lleva a imitar.

En él la fe y los sucesos cotidianos se funden armónicamente hasta el punto que la adhesión al Evangelio se traduce en atención amorosa a los pobres y a los necesitados, creciendo continuamente hasta los últimos días de la enfermedad que lo llevará a la muerte. El gusto por la belleza y el arte, la pasión por el deporte y por la montaña, la atención a los problemas de la sociedad no le impiden la relación constante con el Absoluto.

¡Totalmente inmerso en el misterio de Dios y totalmente dedicado al constante servicio al prójimo: así podemos resumir su vida terrena!

Su vocación de laico cristiano se realizaba en múltiples compromisos asociativos y políticos, en una sociedad en fermento indiferente y tal vez hostil a la Iglesia. Con este espíritu Pier Giorgio supo impulsar los diversos movimientos católicos, a los que adhirió con entusiasmo, pero sobre todo a la Acción Católica, además de la FUCI, en la que encontró una verdadera palestra de formación cristiana y campos propicios para el apostolado. En la Acción Católica vivió la vocación cristiana con alegría y orgullo, y se afanó por amar a Jesús y descubrir en Él a los hermanos que encontraba en el camino o que buscaba en los lugares del sufrimiento, de la marginación, del abandono, para hacerles sentir el calor de su solidaridad humana y el consuelo sobrenatural de la fe en Cristo.

Murió joven, al final de una vida breve, pero extraordinaria de frutos espirituales, dirigiéndose “a la verdadera patria a cantar alabanzas a Dios”.

HOMILÍA DE SS JUAN PABLO II EN LA SOLEMNE MISA
DE BEATIFICACIÓN DEL SIERVO DE DIOS PIER GIORGIO FRASSATI -20 DE MAYO DE 1990



A mí siempre me gusta asociar las Bienaventuranzas con el capítulo 25 de Mateo, cuando Jesús nos presenta las obras de misericordia y dice que en base a ellas seremos juzgados.

Les invito por ello a descubrir de nuevo las obras de misericordia corporales: dar de comer a los hambrientos, dar de beber a los sedientos, vestir a los desnudos, acoger al extranjero, asistir a los enfermos, visitar a los presos, enterrar a los muertos. Y no olvidemos las obras de misericordia espirituales: aconsejar a los que dudan, enseñar a los ignorantes, advertir a los pecadores, consolar a los afligidos, perdonar las ofensas, soportar pacientemente a las personas molestas, rezar a Dios por los vivos y los difuntos.

Como ven, la misericordia no es “buenismo”, ni un mero sentimentalismo. Aquí se demuestra la autenticidad de nuestro ser discípulos de Jesús, de nuestra credibilidad como cristianos en el mundo de hoy.

A ustedes, jóvenes, que son muy concretos, quisiera proponer que para los primeros siete meses del año 2016 elijan una obra de misericordia corporal y una espiritual para ponerla en práctica cada mes. Déjense inspirar por la oración de Santa Faustina, humilde apóstol de la Divina Misericordia de nuestro tiempo:

«Ayúdame, oh Señor, a que mis ojos sean misericordiosos, para que yo jamás recele o juzgue según las apariencias, sino que busque lo bello en el alma de mi prójimo y acuda a ayudarla [...] a que mis oídos sean misericordiosos para que tome en cuenta las necesidades de mi prójimo y no sea indiferente a sus penas y gemidos [...] a que mi lengua sea misericordiosa para que jamás hable negativamente de mis prójimos sino que tenga una palabra de consuelo y perdón para todos [...] a que mis manos sean misericordiosas y llenas de buenas obras [...] a que mis pies sean misericordiosos para que siempre me apresure a socorrer a mi prójimo, dominando mi propia fatiga y mi cansancio [...] a que mi corazón sea misericordioso para que yo sienta todos los sufrimientos de mi prójimo» (Diario 163).

PAPA FRANCISCO PARA LA JMJ CRACOVIA 2016

Escribanos a este correo electrónico
info@fiacifca.org o en Facebook (difundir la página!)
www.facebook.com/fiacyouthcoordination
o Twitter @infosf2015
www.catholicactionforum.org